

Estaba allí cuando vinieron a por el Rey Muerto, y cuando tocó luchar corrí. En cuanto reventaron las puertas, a los primeros golpes, entre los gritos, por encima de los paralizados: cuando tocó luchar yo corrí.

Un par de semanas antes había recibido una caja en mi casa. El remitente era una imprenta de Burgos. Tras un largo rato observándola, convencido de que había un error, terminé por abrirla; dentro encontré un montón de cuartillas, nada más: ninguna nota, ninguna factura, ninguna explicación, nada. Solo mil quinientas hojas con el título ¡Viva el Rey Muerto! Era un texto extraño, un panfleto lleno de insultos, en letra pequeña y sin firmar.

*Esta carta es para ti, panzudo pedazo de mierda sin aliento, dócil esclavo, perro complacido. Este papel es una puerta, es un arma, es un grito, es un salvoconducto. Como un veneno, este trozo de papel quema las manos y pica en los ojos, no se puede digerir ni se puede vomitar, no lograrás sacarlo de tu organismo. Te enfermará, te purgará, te matará y te dará la vida. Muerte al Rey, ¡Viva el Rey Muerto!*

Escribí a un par de amigos, pero ninguno sabía de qué le estaba hablando. Metí la caja debajo de la cama, decidido a no hacer nada. Una semana más tarde estaba en el metro camino del doctor. Vi llegar a una chica vestida de negro, de pelo rosa, que cruzaba los vagones con rapidez. Repartía cuartillas a todos los viajeros, la mayoría acababan en el suelo. Cuando llegó a mi altura me miró a los ojos y me entregó una hoja. ¡Viva el Rey Muerto! Enseguida llegamos a la siguiente parada y miré mientras se marchaba.

El doctor, sentado en la barra del bar, mostró un interés limitado. Y yo qué sé, tío, haberle preguntado a ella. Serán indepes. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsita de zip, la envolvió con el panfleto y me lo devolvió. Te he puesto un regalito, una cosa nueva; no tomes más de media, ten cuidado. Le pasé el dinero con un apretón de manos y me despedí hasta pronto.

*Tu cuerpo está amoratado de tanto arrastrarte por el suelo, tu cerebro entumecido y confuso de tanto vivir en las tinieblas. Tienes la mente de un neonato en el cuerpo de un anciano, la fuerza de voluntad de una zanahoria plastificada. Hueles a pis, inspiras pena y asco. Cuando te canses de deambular por entre la mierda te meteremos en el contenedor amarillo. ¡Viva el Rey Muerto!*

Ebrio y colocado, con una violenta taquicardia y las manos sudorosas, pensaba en la chica del pelo rosa. Pensaba en su mirada, en sus ojos oscuros pintados de negro. Observaba el techo e imaginaba que la volvía a encontrar, y que me habían crecido cojones. Pum-pum, pum-pum,

el corazón saltaba en el pecho. Con manos torpes abría otra cerveza y rascaba la bolsa del doctor buscando coraje. Leí una y otra vez el panfleto, buscaba pistas. ¿Había escrito ella el texto? ¿Nos conocíamos? Pum-pum, pum-pum. La respiración se recortaba, el cuerpo se quejaba; acabé por caer al suelo, arrastrando sobre mí una montaña de colillas y ceniza. Entre la mierda, me reía solo mientras gritaba ¡Viva el Rey Muerto!

El lunes desperté paralizado por el miedo. En la ducha apenas logré contener las lágrimas. Yendo al trabajo en el metro observé a esos hombres y mujeres mirando la pantalla con el móvil pegado al pecho, el cuello forzado a 90 grados. En la oficina me senté en la mesa, abrí el ordenador, y cerré los ojos mientras se abría Outlook: cincuenta y cuatro mensajes por leer, seis reuniones. Carmen, cuarenta y dos años, sentada enfrente, me miraba por encima de las pantallas. Tienes mala cara, ¿te has divertido el fin de semana? ¡Cómo lo pasáis los que no tenéis hijos! Rabia, odio, arcadas. Fui corriendo al baño a mojarme la cara. Me miré en el espejo y vi un fantasma. Eres un desgraciado, grité al reflejo. Sonó una cisterna que se descargaba, y a mi espalda se abrió la puerta de un retrete del que surgió mi jefe. Salí del baño sin un saludo.

Me senté frente al ordenador y abrí el primer email. Antonio me había escrito el viernes a las 20h para pedir un informe con la estimación trimestral de su centro de coste. Hace una semana que lo espero, decía. Antonio es una persona detestable, un hijo de papá, un aprovechado que envía mails acabada la jornada laboral para aparentar que trabaja duro, un tipo que llegará muy lejos. El siguiente mensaje era una comunicación de Recursos Humanos felicitándose porque la aseguradora había sido nombrada el quinto mejor empleador del país. Después, un mensaje de mi jefe: esta semana tienes que solicitar las vacaciones del año, pero que no coincidan con los cierres mensuales ni interfieran con la preparación de informes, mejor si son en agosto porque hay menos trabajo, y procura no pedir solo viernes y lunes como tienes costumbre. Me levanté y salí a fumar a la calle. Vi mi reflejo en el edificio acristalado: el mismo desgraciado del baño, el señor asustado con mala cara. Volví a la mesa. Ahora tenía sesenta y siete emails sin leer. Cerré el ordenador y le dije a Carmen que me sentía mal, que me volvía a casa.

*Si te vuelvo a ver con la cabeza gacha sobre el móvil, te prometo que te arrancaré esos ojos miopes que solo utilizas para envidiar a personas vacías. Te arrancaré las manos que solo escriben mentiras, esa lengua que*

*solo repite tontadas. Te arrancaré esas piernas que ya no saben subir ni bajar escaleras. Te arrancaré esa cabeza colgante de muñeco abandonado, y la ciudad se llenará de un aire pútrido que llevará a la arcada. Si te veo te prometo que te mataré, ¡Viva el Rey Muerto!*

En el club cannábico hice cola detrás de unos italianos que vestían como cantantes de trap. No se dice “precio”, se dice “valor”, insistía Adriana. “Retiré” cinco gramos de Critical Bilbo. De camino a casa encontré un panfleto de ¡Viva el Rey Muerto! pegado a una farola frente a la Estación de França. Y otro frente al mini-super-mercado de mi calle. Tendiéndole dos latas de medio litro, pregunté a Rad si había visto quién pegó los panfletos. Fueron dos chicas, estuvieron un rato repartiendo papeles a la gente que pasaba. ¿Una tenía el pelo rosa? Me miró como si estuviera loco, y se rio: ¿el pelo rosa?

Envuelto por una nube de humo azulado tomé unos doscientos panfletos que metí en una mochila. Me enfundé la harrington, subí la capucha y salí a la calle. Cogí el metro para alejarme del barrio, me decidí por Gracia porque está lleno de modernos. Casi al llegar comencé a repartir panfletos. Nadie me prestaba atención, y solo algunos se molestaban en contestar No, gracias. Dejé montones en los asientos que encontré vacíos y al parar en Joanic tiré un puñado al aire antes de salir al andén. Escuché una voz a mi espalda, ¡Eh, oye! Me giré, era un barbudo gafapasta. Venía tras de mí con una de las hojas en la mano. Me detuve para no llamar la atención de los seguratas.

Perdona, pero ¿esto de qué va? No lo sé muy bien. En serio, si no pasa nada, pero es que ayer encontré el barrio empapelado con estas hojas, solo quiero saber de qué va. Si es que no lo sé. ¿Pero entonces por qué lo repartes por ahí? Lo pensé un segundo: por una chica.

*¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo que querías de veras? ¿Acaso sabes qué te gusta hacer? Tu vida es una concatenación de convencionalismos y gestos vacíos. Tu vida es sufrimiento y aburrimiento y desidia y miedo, con episodios de envidia, de vanidad, de asco, de vergüenza. Tus días de autómatas se acabaron, ha llegado la muerte. ¡Viva el Rey Muerto!*

Estaba a punto de amanecer y no lograba dormir. Fumaba en el balcón y escuchaba las sirenas que pasaban cerca de casa. Me provocaban miedo y esperanza a la vez. Un par de horas antes había salido a liarla por el barrio. Introduje panfletos por debajo de la puerta de muchos edificios. Con un rotulador de 30 milímetros escribí frases del panfleto sobre varios coches y motos. Con un bote de spray

negro vandalicé un cajero automático, y escribí ¡Viva el Rey Muerto! en el escaparate de una farmacia, en el castillo de una zona de juegos y en la fachada de un colegio. Caminaba rápido por las calles vacías, oculto en las sombras, bajo una capucha, enteramente vestido de negro. Me encontré frente a la casa de un imbécil con el que había intercambiado gritos hacía un par de años, a dos calles de mi apartamento. Era un guiri muy alto con el corte de pelo de un niño pijo de diez años; vivía justo aquí. Saqué un ladrillo de un saco de escombros de una obra. En el mismo suelo escribí “GIRAFÁ PAGA”; firmé VERMu. Después reventé el escaparate del Tecnocasa, en los bajos de su edificio, y escapé corriendo del estruendo de cristales y alarmas, y de los vecinos que salían al balcón a gritarme hijo de puta. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

*¡Únete al ejército de cadáveres del Rey Muerto! Roba y mata y folla por el movimiento monárquico para la destrucción de la paz y el imperio de la locura. La revolución de hoy traerá el fin de tu vida vacía, dará significado a tu muerte. ¡Solo los muertos vivientes pueden acabar con esta sociedad de fantasmas! ¡Muerte al Rey! ¡Viva el Rey Muerto!*

Me despertó una llamada de mi jefe, dejé que sonara. Mientras leía las noticias tomé un café, fumé un porro, otro café y otro porro. Abrí las noticias. La aventura de la noche anterior ahora me parecía un juego infantil: en Santa Coloma habían arrancado postes eléctricos con un toro mecánico que abandonaron en mitad de la calzada. Habían arrojado un contenedor en llamas por la rampa de un parking, provocando la destrucción de once coches. Los servicios de emergencias que acudieron al incendio fueron apedreados. La alcaldesa condenaba el vandalismo, que había destruido bienes y dejado sin Netflix a cientos de familias. Las fotos mostraban pintadas de ¡Viva el Rey Muerto!

A las dos de la tarde, en vez de comer un plato de pasta, tomé la pastilla que me había regalado el doctor. Era muy pequeña, muy fina, me fue imposible partirla. Esperé tumbado en el sofá, mirando el techo, fumando para calmar el estómago que se revolvió. Pensaba en el fuego, en la violencia. Pensaba que era increíble lo poco que quemábamos, el orden carcelario, la paz en la pobreza, la miseria vital de la gente, que no aspiraba a nada ni se quejaba, que se contentaba con consumir y comprar máquinas y enredarse en una maraña de deudas y compromisos y convenciones. Recordaba a esos idiotas que aplaudían de ocho a ocho y diez, ¡qué puto asco! Pensaba en mi trabajo de mierda, en el ganado humano con el que

compartía la mayor parte de mi tiempo, encerrado con ellos en una jaula de cristales y cables y pantallas. Arrastraban problemas que ellos mismos se habían creado, salarios mediocres e hipotecas a 35 años que les permitían creer que no eran obreros como sus padres, que ya podían votar a la derecha. Pensaba en mis amigos, a los que nunca veía, con mujeres que parecían estar en su contra, con esos hijos antipatiquísimos. Me hundía en el sofá roto. Notaba cómo se me hinchaban los ojos, que amenazaban con salirse de las cuencas. Pensaba que el Rey Muerto tenía razón al insultarnos, al despreciarnos. Y en que los psicópatas y las mierdas humeantes tomaríamos las riendas del último capítulo.

De golpe una fuerza me oprimía las costillas, no podía apenas respirar. Una anguila eléctrica subía por mi columna vertebral, me mordió en la nuca. Sentía un cosquilleo en todo el cráneo, como cuando se duerme una pierna. Un impulso me paralizó la cara, un flujo húmedo impregnó mis fosas nasales y las rebasó en forma de lágrimas. Meforcé por despegar las mandíbulas apretadas, y escapó un grito de éxtasis. Me flaquearon las piernas, se me cegó la vista y caí al suelo.

De lo que pasó después guardo recuerdos fragmentados. Sé que salí a la calle y el Sol me molestaba en los ojos. Recuerdo estar tirado enfrente de un bar, resoplando y arañando el suelo. Un grupo bebía cervezas en la calle. Decían yo, yo, yo, porque yo, yo, yo. Y el de enfrente contestaba pues yo, yo, yo, yo. Luego una conversación, no recuerdo con quién: míralos qué asco que dan, qué puta pena, qué olor desprenden, qué mierdas más grandes empujando carros con pequeñas mierdas, chepudos y feos y tristes y orgullosos, qué ascoputo la gente. Mis venas palpitaban, se contraían los músculos de la cara, el Sol hería mis ojos. Me refugié en un coche con una ventana rota. Pensaba que yo era igual de asqueroso que los demás, si no peor, que estaba echando la vida a perder y no debía haber nacido y merecía pudrirme con todos ellos. Fumaba, sudaba y lloraba, apagando las colillas sobre el asiento del copiloto.

Pasaron varias horas. Me descubrí al anochecer, tirado en el suelo en la calle Magatzems, debajo de un magnolio. Tenía la boca pastosa, ardía por dentro, me dolía el brazo derecho y la parte izquierda de la cara. Me rodeaban las moscas. Pensaba con dificultad, y el cuerpo apenas respondía. Logré volver a casa, me tumbé en la bañera completamente vestido y encendí la ducha. Estaba muerto. Me quedé dormido.

*Despierta. Despierta y quema. Despierta y destruye. Nada de lo que puedas perder merece ser salvado. Te dirán que tus medios son equivocados, que la violencia no es el camino. Son como el mono al que señalas la luna y mira el dedo: no lo pueden entender, han renunciado a soñar. Despierta ya, lucha y vive. ¡Que viva el Rey Muerto!*

Me desperté en mitad de la noche, helado de frío bajo el chorro de agua. Me sentía muy mal. Solo pensar en comer me provocó el vómito. Tiré la ropa mojada, me envolví en una toalla, y me arrastré hasta la cama. Tenía el cuerpo dolorido, quejoso. Me revolví sin poder conciliar el sueño, asaltado por pensamientos oscuros e imágenes amenazantes. Ya de día, con el ruido de la gente pasando bajo mi ventana, conseguí dormir.

Enchufé el teléfono a la corriente. Tenía cuatro llamadas perdidas: dos de mi jefe y dos de Lu RM. No sabía quién era Lu RM, ni cómo había aparecido su contacto en mi teléfono. Su foto de perfil era un ojo castaño fuertemente pintado de negro. Llamé. ¡Hombre, eres tül! No sabía si habrías sobrevivido, menuda llevabas ayer. Me sorprendió la familiaridad de su voz, me dio vergüenza. Perdona, pero es que no recuerdo mucho de lo que pasó, ¿nos conocemos?

Nos encontramos en un bar del Raval. Era bonita, muy joven, tenía los ojos oscuros y el pelo de color rosa. Se reía de forma escandalosa mientras me contaba que nos habíamos cruzado por la calle, y que salí corriendo detrás suya, y me tiró una botella y se echó a correr. Insistí en que nos conociamos mientras encajaba sus golpes. Y entonces grité ¡Que viva el Rey Muerto! Después estuvimos charlando un rato; le parecí muy raro pero entendió que iba colocado.

Hablaba y hablaba sin parar. Estaba como una cabra. Primero quiso saber por qué habíamos recibido sendas cajas de panfletos en casa, justamente nosotros dos. No nos conociamos de nada, no encontramos ninguna relación. Me contó que había al menos cinco perfiles en Twitter que decían ser el Rey Muerto original, y otros tantos que se hacían eco de las acciones hechas en su nombre. Me habló de atentados en otras ciudades, de sus proyectos para la revolución, de planes b y planes c. Tendríamos que abandonar los teléfonos móviles, usar pseudónimos, evitar el transporte público. Me pareció todo muy complicado, un rollo proto-terrorista un poco peliculero. Yo la miraba a los ojos, e iba olvidando todo a medida que me lo contaba, solo recuerdo que su amiga se llamaba Anestesia. De Ucrania, creo.

Con el coraje de dos cervezas logré interrumpir su monólogo. Expliqué que, para mí, lo que saldría del Rey Muerto no sería una revolución que hiciera caer gobiernos o alumbrara una nueva sociedad. Para mí era una revuelta interior, individual, una llamada que podría cambiar cientos de vidas, pero no millones. No arrastraría a aquellos que no leyeran el panfleto, que no lo entendieran. Muchos se enterarían por la tele y lo descartarían como un movimiento de desesperados. Mi reflexión no gustó, me miró mal, me hizo sentir que era un pureta. Me callé la puta boca. Lu me dijo que me escribiría pronto. Me valía. Llamé al doctor, quedé con él. Me explicó que lo que me había dado era un nexus, traía otros dos.

*El Fin del Mundo es ahora, es esta mierda que estás viendo. No caeremos más bajo, no queda tiempo, no habrá más ocasiones: levántate hoy y grita y muere hoy y vive de una puta vez. ¡Celebra el fin del mundo con el Rey Muerto! Piérdete, arrástrate hasta el precipicio, salta, únete a nosotros en el fondo del agujero. ¡El fin del Mundo es hoy! ¡Que viva el Rey Muerto!*

Por la mañana las noticias se hacían eco de multitud de atentados, de destrucción, de caos. La oposición culpaba al Gobierno, la ministra denunciaba el terrorismo callejero, el jefe de la Policía anunciaba que actuarían con contundencia contra los alborotadores, el de los bomberos decía que nunca había visto nada parecido. Los consejeros, los ediles, los tertulianos, los columnistas serios, los educadores, los sociólogos y los expertos en nada... todos y todas condenaban una violencia que, al mismo tiempo, afirmaban no entender. Me llamó mi jefe; mira tú, el Rey Muerto otra vez. Recibí un mensaje de Lu RM: Bass the Wise en el Poble Espanyol.

Miles de personas subían por las cuestas de Montjuic, bebiendo latas de cerveza, rodeados de vendedores de latas. Nos apelotonamos frente a la Puerta de Ávila, y entramos entre empujones como un rebaño al redil. Me tomé el nexus en la balconada, mientras observaba cómo se llenaba la plaza a mis pies. Había gente de mi edad, y para mi sorpresa también jóvenes. Muchos punkis, jevis salidos de no se sabe dónde, tatuajes en la cara y chaquetas de chándal. Por los altavoces sonaba una lista noventera. A medida que entraba más y más gente aumentaba el ruido y la sensación de euforia. Estaba anocheciendo. No veía a Lu por ningún lado.

Se encendieron las luces sobre el escenario, iluminando a tres tipos rodeados de cables. Tocaban una música espacial muy repetitiva, y aunque parecía que cantaran a un micrófono,

solo se escuchaba un ruido que llegaba por oleadas. Encendieron bengalas frente al escenario, y empezó una pelea junto a una barra, y un clamor ¡son secretas, son secretas!

Pronto acabó el primer concierto, y tras unos minutos de trajín, volvieron a encender las luces sobre el escenario. Solo había un ordenador y una mesa de mezclas. Comenzó a sonar una marcha militar y apareció un personaje muy alto, con una capa negra y una corona dorada. Se dirigió a la mesa escoltado por varios hombres que portaban antorchas, apartó la capa, y de golpe comenzó a sonar música electrónica oscura y fortísima. El público gritaba sin parar y se amontonaba frente al escenario. Pese a la distancia, no me costó identificar bajo la corona a mi vecino el guiri del pelo de niño. Sentí un impulso eléctrico subir por mi columna, un espasmo; y pensé que lo odiaba, odiaba su música, odiaba al Rey Muerto.

Mientras recuperaba el aliento apoyado en la barandilla de piedra, se despejó una nube sobre la falsa torre de Utebo y apareció una luna llena gigante, palpitante, enrojecida por el humo de las bengalas y las antorchas. Bajo su reflejo rojizo, el público se tornó en una masa de insectos. Miles de criaturas monstruosas de gran tamaño, ojos saltones y mandíbulas batientes se arremolinaban en la plaza, moviéndose al ritmo de la percusión. Estaban histéricos, gritaban a pleno pulmón y se peleaban y se amenazaban y se lanzaban los unos sobre los otros. En su agresividad adivinaba el miedo. Miedo a que aquello fuera todo: un ritmo roto ensordecedor, una comunidad de miseria, un carnaval de la muerte, una cuenta atrás hacia la nada.

Mi vecino guiri no levantaba la mirada del ordenador, bajo su corona de rey del carnaval se le veía aterrado. Cinco minutos después de comenzar el concierto trató de escapar por el backstage, pero los de las antorchas le bloquearon el paso. Entonces volvió al escenario y, dando un gran salto por encima de la mesa, se tiró de cabeza al público. Un grito de euforia resonó en toda la plaza (¡El Rey Muerto!) por encima de la base electrónica (pum-pum, pum-pum) que aún sonaba por los altavoces. El guiri intentaba zafarse de las mil manos que lo mantenían en el aire, que lo arrastraban de un lado a otro. Finalmente se hundió en la masa de brazos, de patas, de cabezas reptilianas. En ese momento, a mis espaldas, un grupo de ratas reventó la puerta de un edificio; pocos segundos después lo envolvían las llamas. ¡Viva el Rey Muerto!, gritaban las bestias. Distinguí un ruido nuevo,

un helicóptero que sobrevolaba la plaza (pum-pum, pum-pum). Me alejé como pude, tropezando y tirando las bebidas de los monstruos. Me insultaban y me empujaban y recibí algún golpe, terminé cayendo por las escaleras a la plaza. Me encontré frente a un esqueleto de cabello rosa vestido con una harrington. Me miró con sus cuencas oscuras, vacías, y gritó ¿qué buscas, pimpilín? Ya no queda nada, el Rey ha muerto, ¡Viva el Rey Muerto!

Subí de nuevo las escaleras, y corrí por los callejones buscando un refugio. Entré en una tienda que había sido vandalizada, me oculté tras un expositor. De la calle me llegaban los gritos de furia, los llantos, los golpes. Alguien tiró una botella incendiaria a la tienda. El humo inundó la planta baja, obligándome a escapar por las escaleras. En el segundo piso salí a un balcón, huyendo de las llamas que ascendían tras de mí. Me apoyé en la barandilla, logré alcanzar el tejado del edificio, y desde allí subí a la muralla.

El helicóptero sobrevolaba el Poble a baja altura, hasta podía ver la cara de los cerdos que lanzaban botes de humo y pelotas de goma. Se escuchó un aullido y entraron en tromba cientos de perros vestidos de azul, reventando cabezas a su paso, pum-pum, pum-pum. El falso pueblo ardía con un frenesí de cuerpos enfrentados, carroñeros combatiendo por los despojos del Rey Muerto, disparos y explosiones, columnas de humo alzándose en todas direcciones. Por encima del estruendo, un pulso cuadrado: pum-pum, pum-pum.

Más y más monstruos llegaban la muralla, la escalaban como podían y se lanzaban de cabeza hacia el exterior. Bajaban desordenados las laderas de Montjuic, como una invasión de cucarachas. Yo observaba la ciudad a mis pies: tan falsa como el Poble Espanyol, hipócrita, impasible al dolor, embobada consigo misma, un incendio controlado que nunca se apaga. Como con el Poble Espanyol, su sola existencia me desconcertaba. El ruido era ensordecedor, la noche olía a humo y sudor y sangre; yo sentía que todo encajaba de forma muy elegante. Me faltaba el aliento, me costaba respirar, y finalmente me reconocí que también yo era un insecto. El corazón estallaba en mi pecho (pum-pum, pum-pum) al ritmo del Fin del Mundo. Pareció que me fallaban las piernas y, aunando todas mis fuerzas, salté al foso gritando ¡Viva el Rey Muerto!